

## Miradas femeninas sobre el Nuevo Mundo

Laura LÓPEZ MORALES  
Universidad Nacional Autónoma de México

La década de los noventa ha sido muy prolija en el debate sobre el tema de la percepción que los europeos tenían en siglos pasados, y me pregunto si no siguen teniéndola, sobre el Nuevo Mundo. Pero, a decir verdad, la imagen que nos ha definido a los ojos del Viejo Mundo empezó a tejerse desde antes del encuentro ocurrido a fines del siglo XV. Esta imagen fue alimentada primero por los mitos de la antigüedad y luego por los sueños del hombre renacentista. Poco después, en cuanto tuvieron contacto con esa nueva realidad, los primeros viajeros no pudieron escapar a la tentación de dejar constancia de lo que iban descubriendo dentro de un contexto totalmente ajeno al suyo.

Crónicas, memorias, diarios, cartas, apuntes, además de obras de ficción con supuestas bases históricas, fueron poco a poco construyendo una visión no exenta de fantasía en quienes no conocían personalmente ese Nuevo Mundo. Cuando éstos pudieron a su vez poner pie en las nuevas tierras difícilmente lograron deslindar lo imaginario de lo real. En su mayoría, los europeos que entraban en contacto directo con el mundo americano partían no sólo de su propio modelo cultural sino, por razones obvias, de esos esquemas recibidos. En tales condiciones, su experiencia en el nuevo entorno raras veces se realizaba bajo el signo de la objetividad y del desprejuicio.

Los escritos que aquí comentaremos<sup>1</sup> revisten un interés muy especial, ya que recogen impresiones igualmente marcadas por los modelos culturales europeos detectables en los hombres, pero, en este caso, desde la perspectiva femenina. En efecto, los testimonios que consultamos para esta intervención fueron escritos por mujeres que, por diferentes razones, viajaron a América durante el siglo pasado. Tres españolas —una de ellas nacida en Cuba—, dos francesas, una sueca y una inglesa, más conocida por nosotros como la marquesa Calderón de la Barca, dejaron constancia de su experiencia en América.

<sup>1</sup> *Viajeras al Caribe*. Seleccionado, prologo y notas de Nara ARAUJO. La Habana, Casa de Las Américas, 1983. (Col. Nuestros países)

Muchos puntos comunes encontramos en los apuntes de estas damas, también muchas diferencias; coincidencias y divergencias que señalaremos en su momento.

Como, en su gran mayoría, estas viajeras no eran profesionales de la pluma, la agudeza o pertinencia de sus observaciones no siempre va aparejada a una expresión hábil y elegante. En casi todos los casos, por pertenecer a la burguesía, a la aristocracia e incluso a la nobleza, todas contaban con una cultura respetable para la época. Sin embargo, a final de cuentas, los desniveles intelectuales entrañan, en ocasiones, espontaneidad y frescura en las observaciones. En tal sentido, más que nuestros propios comentarios, consideramos de capital importancia el contacto directo con estos testimonios desde la mirada de mujeres marcadas culturalmente por el Viejo Mundo.

Salvo la infanta de Borbón y Eva Canel, ambas españolas, nuestras viajeras no dejan de anotar prolijamente sus impresiones sobre la naturaleza —flora, fauna, climas—, de pormenorizar paisajes que las deslumbran. Igual interés despierta el entorno humano: describen con detalle cualidades y desventajas de ciudades, pueblos o caseríos —tipos de construcción, estilos, materiales—, organización —iglesias, plazas, mercados barrios burgueses o barriadas, lugares de entretenimiento—, dinámica social —costumbres, modas (con un apartado especial para las mujeres), eventos públicos, fiestas, procesiones...; algunas de ellas se aventuran incluso a opinar sobre política y economía. Los márgenes de exactitud varían tanto por la inevitable parcialidad inherente a la posición social de estas narradoras, como por los desiguales niveles de preparación y de conciencia con que cada una asume el proyecto de poner por escrito sus vivencias en un universo que, en todos los casos, no podía dejarlas indiferentes.

\* \* \*

Empecemos por la más conocida de nuestras “reporteras” europeas. Fanny Erskine Inglis nació en Edimburgo en 1804, en el seno de la aristocracia escocesa. Su familia viaja a Estados Unidos donde la joven Fanny conoce al que será su esposo, don Ángel Calderón de la Barca, funcionario del gobierno español en ese país. Dicho sea de paso, el título de marqueses les es conferido por Alfonso XII, cuando la dinastía borbónica es restaurada en el trono de España.

Fanny tenía treinta y cinco años cuando viaja a nuestro país que, a la sazón, era teatro de interminables guerras civiles. La crisis política y económica, las luchas entre liberales y conservadores definen el ambiente convulsionado que reina en México cuando los esposos Calderón de la Barca llegan a tomar posesión de su cargo. La misión era importante porque, tras quince años de vida

independiente, era la primera vez que México recibía a un representante oficial de la ex metrópoli. Su estancia en tierras mexicanas dura dos años (1840 a 1842), y en 1843 los escritos epistolares de la marquesa son publicados tanto en inglés como en castellano bajo el título de *Life in Mexico, during a residence of two years in that country* (*Vida en México, durante una residencia de dos años*).

Las cartas que Fanny escribe a su familia durante el viaje y la estancia en tierras americanas son una suerte de bitácora en la que, desde los ojos de una mujer, van consignándose sucesos, escenas, caracteres, imágenes y toda clase de experiencias marcadas por un fino sentido de observación. Hechos nimios e impersonales como: “El buque zarpó...” o “...empezamos a advertir, en lontananza, algunos campanarios que se destacaban sobre la playa baja y arenosa”, adquieren otra textura gracias a la lúcida reserva con que Fanny emite ciertos juicios, cuidando de mostrarse categórica. Desde La Habana comenta: “Todavía no les sé tomar el gusto a estas frutas. Ciertamente, son productos naturales cuyo aspecto maravilloso y cuyo delicioso sabor no he de poner en duda”,<sup>2</sup> posición prudente a la que permanece fiel durante el resto de su periplo. Ya en México reconoce que:

La cocina de Veracruz, que hace dos años me pareció detestable, la encuentro ahora deliciosa. ¡Qué pescado tan excelente y qué frijoles tan incomparables! Puede esto parecernos una fruslería; pero después de todo, así en fruslerías como en cosas de importancia, es muy importante para el viajero el comparar sus opiniones en diversos periodos, a fin de corregirlas. Las primeras impresiones son de gran importancia si sólo se las consigna como tales; pero no hay que darles el peso de opiniones definitivas porque se incurre forzosamente en error. Viene a ser como el juzgar de los individuos por su fisonomía y maneras, sin haber tenido tiempo para estudiarles el carácter. Así lo hacemos con mayor o menor frecuencia, y ¡cuánto no nos engañamos a menudo!<sup>3</sup>

Viniendo de Nueva York camino a México, los esposos Calderón pasan una estancia en La Habana, cuya vida en las altas esferas les complace profundamente: recepciones, bailes, ópera, teatro. Pero Fanny es también sensible a los lugareños porque con sus costumbres y fiestas imprimen un vivo colorido a la capital isleña. Con todo, la presencia de los negros, igual que la de los mestizos

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 103.

e indios en México, es vista con ojos complacientes, acaso un tanto paternalistas, diríamos ¿maternalistas?:

[...] paseando por las habitaciones después de la cena, nos divertimos viendo cómo los negros se atracaban de dulces, descorchaban las botellas de champaña y se bebían el vino y devoraban cuanto podían sin que les importase un comino la presencia de sus amos ni de amas, se portaban en suma como una multitud de niños, que están seguros de la indulgencia superior y saben abusar de ella.<sup>4</sup>

Tras esta amena estancia en Cuba, el contacto con tierras mexicanas parece causar un impacto menos entusiasta. Y no era para menos: Veracruz acababa de ser víctima de la primera embestida militar francesa ante la negativa del gobierno mexicano a resarcir los daños que los súbditos franceses habían padecido durante las guerras intestinas.

Nada paradisiaco debió ser el espectáculo que ofrecía la costa mexicana donde, aparte del calor sofocante, los pueblos estaban quemados, los “zopilotes asquerosos si bien útiles agentes de la limpieza” revoloteaban y se respiraba el olor del “vómito negro” que azotó a la costa en esos tiempos.

“No puede imaginarse nada más melancólico, *délabré* y desconsolador que la apariencia general del puerto [...] De un lado, el fuerte, con sus paredes negras y rojas; del otro, la ciudad miserable y pizmienta, repleta de grandes avucastros negros, llamados zopilotes...”<sup>5</sup>

Pese a la actitud generalmente desprejuiciada con la que Fanny va registrando todo cuanto le ofrece esa nueva realidad, hay momentos en los que su mirada es la del europeo “civilizado” atraído por el ángulo exótico y pintoresco de este Nuevo Mundo: “Hay una circunstancia que debe observar todo el que viaje por el territorio mexicano. Cuanto ser humano, cuantos objetos se adviertan al pasar, constituyen cada uno, por sí mismo, un cuadro, o pudieran, por lo menos, ministrar tema apropiado para el pincel o para el lápiz”.<sup>6</sup>

No obstante, su mirada es perspicaz y perceptiva en cuanto se trata de captar los rasgos esenciales de los personajes que le toca en suerte conocer, como Guadalupe Victoria, Santa Anna o la Güera Rodríguez, por ejemplo.

Por otro lado, es notable cómo Fanny logra equilibrar sus impresiones ingratas —por el clima, las condiciones materiales del viaje, lo deplorable de ciertos parajes...— con los elogios que nunca alcanzan la exaltación y el arrebatado de quien descubre un paraíso insospechado.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 96.

En su descripción de los espacios (paisajes, ciudades, casas...), de la gente (la aristocracia, el pueblo, los funcionarios...) y de las costumbres (la comida, las diversiones, la ropa...), la marquesa sabe distinguir con objetividad los aspectos en que la vida de las colonias supera en refinamiento a la de las metrópolis.

En las epístolas de la marquesa no falta el rasgo de humor e ironía donde la intención de detallar una situación se conjuga con el sello personal de quien la observa. En sus comentarios sobre los “avucastros” descubiertos en Veracruz nos dice:

Vuelan en parvadas y pernoctan en los árboles. No son republicanos, ni parecen inclinados a declararse independientes puesto que tienen reyes, a los que, según se dice, profesan gran respeto, tanto que si uno de la especie real descubre un cadáver al mismo tiempo que un zopilote plebeyo, el último aguarda humildemente hasta que el soberano haya devorado su pitanza, y antes no se atreve ni a acercarse.<sup>7</sup>

¿Cómo no ver en estas líneas un eco de las pugnas políticas que sacuden a la vida política mexicana de esos años? Liberales y conservadores se turnan el poder, mientras el pueblo queda convertido en víctima de esas “aves”.

En su afán por ser objetiva e imparcial frente a los hechos que consigna, la marquesa se documenta, como en el caso de la historia del Fuerte de San Juan de Ulúa, y apoya sus juicios en datos y testimonios de otros. Pero también intenta, con base en su propia experiencia, matizar algunas opiniones que apresuradamente han perpetuado clichés como en las líneas en que alude al espectáculo que Cortés debió contemplar al llegar a Veracruz.

Los tópicos de interés cubren así un amplio espectro que va del paisaje físico al paisaje humano, con profusión de detalles. Lejos de quedarse en la superficie anónima de la descripción despersonalizada, pero sin olvidar las limitaciones inherentes a todo primer contacto, la marquesa se muestra sensible al rasgo que humaniza lo que sus ojos van descubriendo: lo mismo la discreción, finura y pulcritud de la recamarera que la atiende en Jalapa, que la sensibilidad natural que, en materia de música, demuestran las mujeres de la sociedad veracruzana: “Nos tocaron aires tras aires, un tantico monótonos, pero con gran facilidad y ejecución, tanto más notables cuanto que las señoras lo hacían al oído. Imagino que ha de haber por aquí gran dosis de gusto musical desperdiciado”.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 95.

Las cincuenta y cuatro cartas de la marquesa constituyen sin duda un testimonio de gran importancia sobre la vida de nuestro país a mediados del siglo pasado. Pero su valor es mayor porque además se trata de las primeras impresiones escritas por una mujer, en las que aparte de los rasgos ya señalados no faltan las anécdotas picantes y sabrosas y, ante todo, cuyo agudo sentido de observación sabe no sólo captar el detalle que escapa a las miradas burdas, sino tomar sus distancias y reconocer la relatividad de cualquier apreciación frente a una realidad que se revela progresivamente a los ojos ajenos.

Nacida en 1789, y por tanto menos joven que la marquesa Calderón de la Barca, pero, como ella, perteneciente a la nobleza, María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlín, nos deja también valiosos testimonios sobre su Cuba natal, en donde, por cierto, coincide con Fanny Erskine durante la escala que la inglesa hace con destino a México.

Hija de unos condes españoles que se movían entre los hacendados esclavistas de La Habana, María de las Mercedes parte a los doce años a Francia, donde crece y se forma en un ambiente de nobles e intelectuales. A los veintiún años contrae matrimonio con el conde Antorni de Merlín, miembro del Estado Mayor de Napoleón III.

La condesa de Merlín recibe en su salón parisino a lo más granado del mundo literario de la época: Victor Hugo, Lamartine y Musset forman parte de su círculo; pero ella misma incursiona en las letras en 1831 con un escrito autobiográfico relativo a su infancia en la isla antillana: *Mis primeros doce años*.

Después de enviudar, regresa a su tierra natal en 1840, y establece vínculos con algunos de los intelectuales cubanos que hacia 1840-1842 luchan por abolir la trata de esclavos. Su estancia en Cuba dura sólo dos meses y, tres o cuatro años después, publica *La Havanne*, libro en el que, junto con otros documentos, aparecen sus experiencias e impresiones sobre asuntos de candente actualidad, como era, a la sazón, la abolición de la trata negrera. Una primera traducción al español, por cierto mala, de algunas de las cartas que integran *La Havanne*, es publicada en 1844 con un prólogo de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Los móviles de la publicación de este conjunto epistolar no son ningún secreto: ella busca un éxito editorial y en buena medida el tratamiento de asuntos álgidos y actuales es un criterio decisivo. Sin embargo, hay que tomar con reservas sus juicios sobre política y su conciencia "progresista" que, en última instancia, resulta afín al paternalismo colonialista y redentor de algunos europeos. Citaremos un largo fragmento que ilustra claramente la posición de María de las Mercedes a este respecto:

Nada más justo que la abolición de la trata de negros; nada más injusto que la emancipación de los esclavos. Si la trata es un abuso indignante de la fuerza, un atentado contra el derecho natural, la emancipación sería una violación de la propiedad, de los derechos adquiridos y consagrados por las leyes, una verdadera expoliación [...] Los negros y las negras, destinados al servicio interno de la casa, pueden emplear su tiempo libre en otras tareas, por su propia cuenta; disfrutarían más de ese favor si fueran menos perezosos y menos viciosos. Su ocio habitual, el ardor de la sangre africana y ese descuido que resulta de la ausencia de responsabilidad por su propia suerte, engendran en ellos las costumbres y los hábitos más desordenados. Rara vez se casan, ¿para qué? El marido y la mujer pueden ser vendidos, de un día para otro, a amos diferentes, y su separación se hace entonces eterna. Sus hijos no les pertenecen. Como la dicha doméstica no les pertenece, así como la comunidad de intereses les son prohibidos, los vínculos de la naturaleza se limitan en ellos al instinto de una sensualidad violenta y desordenada [...] ¿Cuál será en nuestro país la existencia de más de setecientos mil negros frente a trescientos mil blancos? Su primer sentimiento, su primera necesidad, ¿cuál será? No hacer nada. Lo he dicho, un trabajo regular les es insostenible. Sólo la fuerza ha podido someterlos. [...] Un negro indolente y salvaje, extraño a todo deseo de progreso, ¿pensaría alguna vez en cambiar esa vida imprevisora, vagabunda y sensual, por los rigores de un trabajo y de un existencia ganada con el sudor de su frente?

Spongamos aún que, por un milagro, la educación moral de los esclavos libertos, desarrollándose de repente, los llevara al amor por el trabajo; vueltos laboriosos, los negros no tardarían en atormentarse con el deseo de hacerse propietarios: de ahí, rivalidad, ambición, envidia contra los blancos y sus prerrogativas.<sup>9</sup>

Huelgan los comentarios sobre la bandera filantrópica que la condesa de Merlín enarbola cuando se declara en favor de la abolición de la trata de negros; está convencida de que los esclavos son incapaces de productividad en la libertad y de felicidad fuera de la protección del amo.

Pasando a otros terrenos, cabe preguntarse si por ignorancia o por un curioso sentimiento de identidad extensivo a todo el Nuevo Mundo, María de las Mercedes menciona con orgullo los productos agrícolas con que Europa se enriqueció a raíz de sus contactos con América:

La isla de Cuba, que le ha dado a Europa el chocolate, alimento de las altas clases europeas, la papa, alimento de los pobres, el tabaco, de-

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 127-129.

leite hecho universal, esta isla ha perfeccionado y protegido el cultivo del café y de la caña de azúcar, es también madre de un tesoro vegetal, el maíz, del cual hasta el momento no se ha hecho bastante uso en Europa y que, conteniendo mucha sustancia alimenticia, podría rivalizar con la patata para la alimentación de las clases obrera y agrícolas...<sup>10</sup>

Por otro lado, en una carta dirigida a Georges Sand, se complace en describir con detalle a las habaneras: su físico, su carácter, su atuendo y costumbres. Los pormenores llevan una buena dosis de simpatía y casi admiración, por cuanto toca a la naturalidad y a la desenvoltura que, a su juicio, las caracteriza y, muy probablemente, las opone a la artificial y convencional de los europeas.

Sus análisis de la situación política, económica y social de la isla están marcados, pese a algunas críticas al sistema colonial, por su condición de noble. Apunta la necesidad de sacar del atraso a los cubanos, pero en función de la aplicación de modelos de desarrollo europeos y guiados por éstos. Del mismo modo, su visión de la sociedad isleña está condicionada por su propia pertenencia social. No obstante, ve a las habaneras con simpatía y, por subjetivas que sean, las descripciones de las costumbres que observa resultan más sencillas, auténticas y atractivas que cuando adopta un tono retórico para analizar asuntos de política o economía.

En fin, aunque valga rescatar la dimensión de autenticidad de sus testimonios, no puede ignorarse que su visión no corresponde a la perspectiva del mundo observado, es decir, que en ningún momento parece inquietarle penetrar en el sentido de tales costumbres, imaginarse en el lugar del otro y menos aún identificarse con él. Su percepción es desde el exterior y está teñida de romanticismo y exotismo. “La vida doméstica de La Habana parece renovar los encantos de la edad de oro”.<sup>11</sup>

Con todas las reservas ya señaladas, no cabe duda de que su obra resulta original justamente por el propósito que la guía: ventilar asuntos de actualidad en ámbitos habitualmente tratados por hombres. A diferencia de los enfoques y móviles que orientan los testimonios de otras mujeres aquí incluidas, las observaciones de la condesa de Merlin ilustran, en buena medida, pero desde la perspectiva femenina, las inquietudes de la época respecto a las relaciones entre las colonias y las metrópolis.

Acerquémonos ahora a la visión que dos francesas nos dejan de su estancia en Venezuela. Ambas pertenecen más bien a la burguesía y sus respectivas estancias en tierras americanas abarcan varios años.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 140.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 119.

Yrcilia Leontine Pérignon vive en Venezuela cuando ya es una mujer madura; sus testimonios no asumen, como en los casos anteriores, la forma epistolar o de diario de viaje, sino de crónicas. En 1893 publica en Francia lo que será su único libro: *Recuerdos. En Venezuela, 1876-1892*. Esta francesa, casada en su tierra natal con el ingeniero venezolano Juan Roncajolo, se mueve evidentemente entre la clase pudiente, lo cual no le impide apreciar con objetividad la dinámica social de los menos favorecidos, aún cuando no logre distinguir ciertos matices como se ve en sus referencias a los “indios”, indígenas verdaderamente explotados que confunde con la creciente y pujante población mestiza: “Los indios mantienen sus puestos en todas las clases sociales y su situación se va elevando constantemente. Así, no será sorprendente ver que esta raza oprimida injustamente, poco a poco, vuelva a tomar posesión de los derechos de los cuales se les privó por la fuerza”.<sup>12</sup>

En la ruta a Venezuela, los Roncajolo tocan las Antillas francesas sobre las que Léontine hace comentarios muy escuetos, más bien de carácter pintoresco, acerca de los negros:

Entre todos los espectáculos hay uno especialmente curioso: el embarque del carbón a bordo de los buques, que cargan alrededor de mil toneladas en veinticuatro horas. El trabajo lo hacen doscientas o trescientas mujeres, cada una de las cuales lleva un cesto de mimbre sobre la cabeza. Como la operación se realiza de noche, las alumbran grandes fuegos encendidos dentro de recipientes en forma de candelabros. Ellas cantan y bailan mientras trabajan, y un negro las acompaña golpeando con las manos un tambor hecho de piel extendida sobre un barril. De las mujeres sudorosas y del carbón encendido emana un olor que contrae la garganta. Este olor y estas figuras que se agitan al resplandor de los fuegos hacen pensar en los demonios dentro del infierno.<sup>13</sup>

Sin ánimo de exaltar con sensibilidad romántica o de deplorar por prejuicio frente a la “barbarie” lo que va descubriendo, Leontine cobra conciencia de los cambios de opinión operados en su proceso de adaptación, como por ejemplo en lo referente a la comida:

Nos habíamos propuesto comer frutas tropicales, pero tanto mi hija como yo quedamos muy desilusionadas, pues encontramos bajo su suculento aspecto un sabor tan diferente al de las europeas, que ape-

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 325.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 328.

nas logramos probarlas. Sólo más tarde, cuando nuestros paladares se acostumbraron, pudimos saborear con placer cambures, mangos, guayabas, piñas, lechosas, etcétera.<sup>14</sup>

Leontine también es consciente de que el país está en pleno proceso de estructuración y de que las condiciones no son especialmente favorables para los “aventureros europeos” que pretenden probar fortuna en esas tierras: “Comprendí entonces la imprudencia de expatriarse a la ligera, sobre todo para venir a un país en vías de organización como Venezuela”.<sup>15</sup>

Por otro lado, más que reseñar la vida social, Leontine nos cuenta sus desplazamientos por mar y tierra, los sucesos excepcionales como huracanes o naufragios, y proporciona algunas datos sobre las poblaciones o puertos que van tocando o donde permanece algún tiempo, en función de la exigencias del trabajo de su marido que supervisa la instalación de las vías férreas. En esos contextos, sabe observar el detalle que revela una cierta situación social como la ya referida sobre las “carboneras martiniqueñas” o las líneas que dedica a los vendedores de agua de Maracaibo:

En las calles de la ciudad se encuentra un tipo muy interesante: el vendedor de agua. Son niños que no pasan de los ocho o diez años, y a menudo tienen personas a su cargo. Con frecuencia me entretuve observando su inteligencia y laboriosidad de hormiga. Uno los ve al borde del lago haciéndose bromas y cantando, pero sin dejar por ello de llenar sus *botijuelas*. Una vez que éstas se hallan llenas, se ayudan mutuamente con mil tretas para colocarlas sobre sus asnos; luego parten para servir al cliente y así ganar el dinero necesario para alimentar al vendedor de agua, a su asno y frecuentemente a una familia numerosa que tiene como único recurso el trabajo del niño. Naturalmente, ellos no pueden ir a la escuela y sin embargo saben leer, escribir, cuentan como hombres la moneda que se debe recibir del pulpero, desde el día en que aprendieron a caminar solos y a articular sus primeras palabras supieron pedir su “ñapa”. Sus lecciones de escritura y de lectura las toman montados sobre sus asnos, descifrando entre ellos los carteles y burlándose los unos de los otros cuando se equivocan. ¡Es la enseñanza mutua!<sup>16</sup>

Durante los dieciséis años que Leontine vive en Venezuela, le toca ver la transformación del paisaje que, en aras del progreso, a veces debía ser sacrifi-

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 327.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 330.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 337.

cado: “Cuando acompañaba a mi marido en las obras, no podía dejar de admirar los magníficos árboles que a veces era necesario talar por así requerirlo el trabajo”.<sup>17</sup>

Si bien la estancia de Leontine en América es mucho más prolongada que la de otras viajeras aquí mencionadas, los “recuerdos” que decide escribir serán voluntariamente más condensados y evitarán los detalles y temas recurrentes que abundan en los escritos de otras visitantes. No obstante, su mirada es aguda y no deja de darse cuenta, en el plano social, de las tendencias europeizantes que se respiran entre la clase dominante: los jóvenes concluyen o perfeccionan sus estudios en el extranjero —como debió ser el caso de su marido—, las mujeres “pretenden seguir la moda de París”.

Aunque sus percepciones de la vida del pueblo no siempre distinguen los matices de la realidad, cotejos hechos con documentos y con la prensa de la época muestran el carácter fidedigno y auténtico de los datos que proporciona.

Por su parte, Jenny de Talleney, paisana de Leontine, es hija de Henry de Talleney, encargado de negocios y cónsul de Francia en Venezuela, adonde llegan en 1878. De su estancia de varios años en este país, donde por cierto Jenny se casa, la joven francesa publica en París, en 1884, un libro titulado *Recuerdos de Venezuela*.

Sus notas cubren las diferentes etapas del viaje, desde su salida del puerto francés de Saint-Nazaire, sus escalas en la Guadalupe y en la Martinica, hasta el recorrido por el litoral venezolano y otras andanzas por el interior del país.

Si la edición en español de la obra de Leontine Roncajolo (1968) permite confirmar la veracidad de los datos que apoyan sus descripciones y observaciones, la versión española del texto de Jenny Tallenay, igualmente enriquecida con notas y fuentes de la época, hace posible la rectificación de inexactitudes históricas o errores como situar a Venezuela en Centroamérica.

Otro rasgo que contrasta con la obra de Leontine Roncajolo —sobre la misma región y más o menos contemporáneamente— es que mientras ésta logra plasmar con concisión sus impresiones, la Tallenay incurre a menudo en la paja. Como su compatriota, también consigna impresiones sobre las Antillas menores, cuando hace escala en Pointe-à-Pitre y en Fort-de-France.

Un grupo no menos numeroso de negros con pañuelos de cuadros rojos y amarillos y anchos trajes flotantes, apareció poco después andando por todas partes, vendiendo abanicos, totumas talladas y otros productos de industria local [...] Usos y costumbres se resienten

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 339.

de este predominio de la raza negra y la colonia no progresa mucho aunque está en relaciones constantes con Europa.<sup>18</sup>

En otros momentos alcanza, sin desprenderse de esquemas marcadamente europeos, ciertos destellos de objetividad, como cuando comenta las tensiones que se respiran en las islas caribeñas debido a la estratificación social derivada de la composición racial que las caracteriza:

La situación más penosa es la del mulato desdeñado por el blanco y envidiado por el negro. En cada tertulia se forman grupos que representan el mismo número de castas y a menudo estallan serios conflictos entre estos elementos discordantes.

El negro, tratado con bondad, es esencialmente dulce y servicial. Sus pasiones, sin embargo, son vivas y ardientes. Si lo irritan en extremo por malos tratos, su salvajismo nativo se manifiesta de nuevo y lo exalta hasta las venganzas más atroces. Se ha tenido un ejemplo recientemente en Saint Crois y en Cayena, donde los negros incendiaron todas las habitaciones que pertenecían a los colonos europeos. El espíritu de conciliación de las autoridades coloniales apartó de Fort-de-France cualquier peligro de esta clase aunque reina allí como en otras partes una sorda enemistad entre las dos razas, una de las cuales quiere mantener su dominio mientras que la otra teme sin cesar nuevos atentados contra su libertad.<sup>19</sup>

Acaso por inmadurez, la joven Tallenay emite opiniones menos prudentes y más estereotipadas que su paisana en cuanto al origen de los males de los venezolanos y a las soluciones deseables para sacarlos del atraso, pues considera que el “indígena” es

[...] inteligente, pero perezoso y abandona a los extranjeros los grandes negocios comerciales e industriales, los trabajos que exigen conocimientos serios y una voluntad perseverante; la suya no tiene más que un objetivo, el de hacerse inscribir por una cantidad de dinero cualquiera en el presupuesto nacional.<sup>20</sup>

En realidad, para su descargo, Jenny Tallenay no hace sino aplicar los esquemas de análisis europeos y compartir la convicción del papel redentor que

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 346.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 356. La abolición de la esclavitud en Las Antillas francesas fue declarada en 1848, con excepción de Haití que ya había alcanzado su independencia en los albores de ese siglo.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 346.

el Viejo Mundo tiene la responsabilidad de desempeñar en tierras americanas, ya que si los venezolanos, en este caso, poseían enormes latifundios, eran los extranjeros quienes contaban con formación técnica y capitales. En una apreciación asaz simplista y limitada, Jenny considera “indolencia” la incapacidad del pueblo para los ascensos sociales por falta de recursos o de preparación. En esta misma perspectiva, mientras Leontine se expresa con reserva y discreción acerca del dictador Guzmán Blanco, Jenny lo hace en tono elogioso ganada por las medidas “liberales” que, en su opinión, buscan el bienestar del país mediante el fomento de la presencia extranjera y el desarrollo de la burguesía dominante.

Como otras viajeras, observa con detalle el universo de las mujeres en el que sabe distinguir rangos, ya por el atuendo, ya por lo modales. En ocasiones logra percibir detalles menos triviales como las manifestaciones religiosas en las que, igual que en las demás colonias, hay una buena dosis de sincretismo: “La antigua fe religiosa, mezclada con extrañas supersticiones, pero por otra parte ingenua y sincera, se ha debilitado considerablemente”.<sup>21</sup> O bien sabe explicarse el sentido de las adaptaciones lingüísticas en la nueva realidad americana. Recién llegada, al oír hablar a los venezolanos sin todavía comprender bien el español, comenta:

Advertimos sin embargo hasta que punto la pronunciación de la lengua castellana, en las colonias, se suaviza al perder sus sonidos guturales. Allí alteran no sólo el sentido de ciertas palabras, ora restringido ora generalizado, sino que crean también muchas expresiones nuevas que se refieren a hechos y usos locales.<sup>22</sup>

El tono general de sus comentarios, pese a las inexactitudes y a la parcialidad de algunos juicios, traduce una sincera simpatía por este país del que siempre recibió muestras de afecto y hospitalidad, y en el que confiesa haber sido dichosa. Ni los tropiezos ni las incomodidades padecidos durante sus viajes le arrancan expresiones denigrantes o abiertamente despectivas sobre la gente o los sitios que visitó con su marido.

Al igual que en los casos anteriores, esta francesa dedica muchas páginas a la descripción de la flora y de la fauna locales. Era de esperarse que la exuberante y abigarrada vegetación, el paisaje indómito y totalmente diferente de las imágenes conocidas provocaran momentos de exaltación que, desde el punto de vista literario, alcanzan registros líricos:

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 347.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 358.

Delante de nosotros surgía del seno de las olas a medida que avanzábamos la isla Marie-Galante con sus acantilados siempre azotados por el mar cuya plañidera melopea llegaba hasta nosotros.<sup>23</sup>

[...]

La noche era de una claridad incomparable y el paisaje que teníamos a la vista, perfectamente distinto, parecía envuelto en una gasa ligera con reflejos de plata que realizaban aún más, por un encanto misteriosos, su poética belleza.<sup>24</sup>

En las líneas que cierran la crónica escrita de sus recuerdos, Jenny hace votos porque sus “esbozos” permitan apreciar mejor ese país lleno de encantos y de posibilidades.

*The homes of the New World* (1853) es el título del volumen de apuntes y dibujos que nuestra viajera nórdica deja como testimonio de su estancia en Estados Unidos y en Cuba. Nacida en Finlandia, a la sazón dominio sueco, Fredrika Bremer (1801-1865) es una conocida escritora y pintora que viaja por espacio de casi dos años, de 1849 a 1851, por tierras americanas con el propósito de enriquecer su experiencia y con ello descubrir otras fuentes de inspiración para su obra literaria y pictórica.

Durante año y medio se dedica a recorrer Estados Unidos en momentos en que empieza a respirarse la tensión que precede a la guerra entre el norte y el sur de ese país. No obstante, conoce a diversas personalidades como Washington Irving, Emerson y Longfellow, visita diversas instituciones públicas y sociales y descubre una sociedad cuyo modo de vida, a fin de cuentas, le agrada.

De ideas liberales y humanistas que la empujan a unirse al movimiento feminista europeo y a las iniciativas abolicionistas que desde Inglaterra se proyectan hacia América, la Bremer no escapa, sin embargo, a la convicción de que los esclavos negros tienen que, aun en la libertad, ser guiados por los blancos. Su humanismo no está exento del sentimiento de superioridad que, en el plano cultural y moral, caracteriza a la Europa colonialista.

Hacia principios de 1851 viaja a Cuba donde permanece tres meses, durante los cuales recorre varios puntos de la isla haciendo las obligadas visitas a ingenios y cafetales. La simpatía con que observa las costumbres de los negros ya se había manifestado desde su estadía en Estados Unidos, pero, en este caso, los comentarios que nos deja al respecto vienen a ser, si no el primero, uno de los primeros estudios, diríamos etnográficos, de las danzas de origen africano sobrevivientes entre los esclavos cubanos.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 348.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 357.

De esta suerte su “álbum” reviste un valor muy particular y original porque, a diferencia de nuestras otras cronistas, su interés se centra de manera muy acentuada en el universo de los esclavos. Ya veremos cómo sus agudas y detalladas observaciones acerca de la vida de trabajo de los negros, de sus prácticas religiosas, de los diferentes matices raciales y, muy marcadamente, de sus danzas, imprimen un sello excepcional a sus testimonios. En su descripción de múltiples escenas de bailes a las que asiste casual o expresamente, sabe captar los ritmos, movimientos, colorido, sensualidad y alma de esas fiestas que disfruta profundamente.

Aquí vi representantes de varias naciones africanas: congos, mandingas, lucumfés, carabalés, y otros, bailando al modo africano. Cada nación tiene algunas variaciones propias, pero los rasgos principales de la danza son esencialmente los mismos. La danza requiere siempre un hombre y una mujer, y siempre representa una especie de cortejo y coquetería, durante la cual el cortejador expresa sus sentimientos, en parte mediante el temblor de todas sus coyunturas, de tal modo que parece que va a caer en pedazos cuando gira y gira en torno a su enamorada, como el planeta alrededor de su sol, y en parte mediante asombrosos saltos y evoluciones, a menudo envolviendo a la dama con ambos brazos pero sin tocarla [...] es difícil imaginar que estas voces desarrollaran esa belleza, esa incomparable y melodiosa pureza, y este pueblo ese talento musical que ha sido alcanzado en los estados esclavistas de América. [...]

Mucho más viva y llena de inteligencia es esta danza, bajo el almendro, que la gran mayoría de nuestras danzas de sociedad, exceptuando el vals. Nuestros bailes no tienen bastante vida natural [...] ¡Viva la danza africana! [...] La facultad del africano para improvisar es un rasgo distintivo de su vida y temperamento, y puede, como sabemos, convertirse en la expresión de un grado más alto de simple belleza de alma y acción.<sup>25</sup>

En el contexto de la danza o en el del trabajo, la escritora sueca es especialmente sensible a la estética de los cuerpos de los esclavos:

Las atléticas figuras de esos africanos semidesnudos que se alzan junto a los hornos o los tachos de cocer el azúcar [...] producen un efecto singular. No puedo contemplar sin asombro y placer la salvaje pero serena majestad de su porte y movimientos, así como también la enigmática energía de sus semblantes. Los escultores deberían ver y

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 196-197, 207.

tomar como modelo esos pechos y hombros africanos. Y aunque el Atlas de la esclavitud pesa enormemente sobre ellos, se mantienen fuertes, terriblemente fuertes si la hora de la venganza llegara alguna vez; ahora están silenciosos y sombríos. [...] En los Estados esclavistas de América no pueden tener idea de la peculiar belleza de las formas del negro africano, especialmente los de ciertas tribus.<sup>26</sup>

Su mirada de pintora sensible ante la belleza de las formas no excluye de su percepción la dimensión ética de lo que contempla, ni la indignación que eso le provoca.

Si Fredrika se muestra especialmente atraída por las manifestaciones artísticas de los esclavos negros, ya pudimos ver que también observa con atención sus condiciones de vida y de trabajo, vida y trabajo que forman una sola y única cosa. Viendo la flagrante explotación de que son víctimas, no puede menos que rebelarse en sus escritos y soñar con utopías socialistas que harían imposibles estos abusos.

Hay en Cuba plantaciones donde los esclavos trabajan veintuna de las veinticuatro horas; plantaciones donde sólo hay hombres a quienes se les obliga a trabajar como bueyes, pero con menos piedad que a los bueyes. El plantador calcula que gana haciendo trabajar así a sus esclavos, que éstos pueden morir dentro de siete años, dentro de cuyo tiempo vuelve a proveer a su plantación de esclavos nuevos, que se traen aquí de África y que puede comprar a doscientos dólares por cabeza. La continuidad del comercio de esclavos en Cuba mantiene bajo su precio [...]

Es en medio de circunstancias como éstas donde uno puede prendarse de las comunidades ideales del socialismo y donde hombres como Alcott pueden parecer los salvadores y sumos sacerdotes de la tierra. ¡Qué bellas me parecen las hermandades asociadas en la tierra, con toda su extravagancia de amor, cuando se comparan con un estado social en que se abusa tan espantosamente de las fuerzas humanas y se pisotean de tal modo los derechos humanos! Aquí siento más ardor que nunca por esas doctrinas sociales que se afanan por avanzar en los Estados libres de América [...]

Sólo me maravillo de que el suicidio no sea más frecuente entre esos seres ¡Cuán fuerte y tenaz debe ser su instinto de vivir!<sup>27</sup>

Se nos antoja imaginar lo que Fredrika hubiera pensado de la experiencia socialista en la isla cubana y de las políticas que los regímenes liberales norte-

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 199.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 198-199.

americanos han practicado con obstinación para sabotear sus incuestionables logros.

Después de observar con tanto interés el universo de los esclavos, no resulta extraño que la Bremer se percate del carácter sincrético que define a las prácticas religiosas de los negros. Asiste a procesiones y cementerios donde la mezcla de ritos y objetos subrayan esta característica: “Había también aquí varios símbolos e imágenes cristianos. Pero aún aquí, los africanos cristianizados y los realmente cristianos retienen también algo de la superstición e idolatría de su tierra natal [...] En el camposanto volví a encontrar el paganismo”.<sup>28</sup>

Pese a tantas páginas dedicadas al mundo de los esclavos, la Bremer sólo tuvo trato directo con extranjeros —americanos, ingleses, alemanes, suecos, etcétera...— avvicinados en la isla, o con los criollos acomodados.

El paisaje tropical que para otras es objeto de exaltadas o sutiles descripciones, en el caso de la sueca se convierte en fuente inagotable de temas para una serie de dibujos cuyo álbum se conserva en la biblioteca de Upsala.

De regreso a su tierra, Fredrika hace una última parada de tres meses en Estados Unidos. Durante los dos años que pasó fuera de Finlandia, escribe a su hermana y a otros parientes las notas que, aparentemente, debían servirle para estructurar una novela. A final de cuentas, esta correspondencia es publicada tal cual, simultáneamente en Nueva York, Inglaterra y Suecia, con el título ya citado y con un prefacio en el que ella misma precisa el origen y los móviles de dichas páginas. Fredrika fue considerada la Jane Austen sueca y de ella se conocen varias obras más, entre relatos y crónicas de viaje.

Con propósitos claramente políticos, Eulalia de Borbón, infanta de España, pasa por la en 1893 “siempre fiel isla de Cuba”. Son los años que preceden a la independencia cubana (Martí funda en 1891 el Partido Revolucionario Cubano) y los vientos emancipadores soplan decididamente. La visita de la augusta señora perseguía, pues, “calmar los ánimos cubanos” y llevar “la promesa de la reina regente de atender las demandas de la isla”.<sup>29</sup>

Doña Eulalia era ya conocida por una cierta rebeldía que, en ocasiones, se traducían en comportamientos antiprotocolarios; nada menos que a su llegada a la isla se niega a cambiar el vestido blanco y azul, traído de Francia para la ocasión, y que la tripulación considera una provocación por tratarse de los colores de los “levantados” que luchan por la independencia de la isla. En realidad, la infanta no estaba muy convencida de la misión que se le había encomendado. Tras las necesarias escalas en las Canarias y en Puerto Rico, la embajadora real permanece sólo una semana en La Habana, donde es recibida

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 205-208.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 441.

con los honores correspondientes a su insigne rango y a los que autoridades y altos sectores sociales se habían preparado semanas antes. Entre los múltiples festejos programados se incluían visitas a instituciones de beneficencia, a fábricas, a espectáculos —corridos, teatro, bailes.

Después de Cuba, la infanta debía hacer una escala en Estados Unidos, como respuesta a la invitación del gobierno estadounidense para asistir a los festejos conmemorativos del cuarto centenario de la llegada de Colón a América y que debían culminar con la Exposición Universal. De hecho, éste era el motivo inicial del viaje, pero su cuñada, regente del reino a la sazón, consideró imperativa y acaso más importante la visita a Cuba en virtud de las tensiones que agitaban a la isla, último bastión colonial español en América, y que era preciso calmar. Eulalia acepta, aunque no cree en la eficiencia de su embajada, quizá porque logra analizar con cierta distancia y reserva la situación. Por lo mismo, reconoce sus limitaciones para asumir adecuadamente la responsabilidad de la encomienda real y decide informarse, mediante la prensa o por entrevistas con personas autorizadas, acerca de la situación cubana.

La misión era conturbadora. Yo conocía sólo por referencias superficiales el problema cubano y no podía formarme un juicio personal oyendo sólo la opinión cerrada de la Corte [...] Traté, durante todo el tiempo de la espera, de ponerme al tanto de los problemas políticos de la “Siempre Fiel Isla de Cuba” y bien pronto percibí lo difícil de mi situación. Los periódicos que me enviaba Cánovas eran sólo los diarios españoles de Cuba, ya que los otros no llegaban a Madrid. Traté, entonces, de ponerme al habla con cubanos residentes en España, pero encontré poco material aprovechable, ya que los que estaban más a mi alcance eran todos adictos a la Corona o se guardaban de decir lo contrario. En Madrid residía un jefe revolucionario de mucho prestigio, el general Calisto García, pero hubiera sido escandalizar a mis compatriotas el recibirlo. Me puse, empero, en contacto con García, por intermedio de un amigo común y gracias al culto “cabecilla” cubano pude penetrar un poco en la realidad del problema. Llegué a pensar que, después de todo, sobraba razón a los cubanos en sus deseos de libertarse. España, durante siglos, se había concretado a enviarles empleados de todas las jerarquías y segundones de sus casas arruinadas, desoyendo siempre las peticiones de los insulares.<sup>30</sup>

Como se ve, la infanta no sólo está lejos de defender a ciegas la causa de la Corona española, sino que es lo bastante autocrítica y lúcida como para com-

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 444-445.

prender las reivindicaciones cubanas. En estas líneas se percibe claramente el ánimo con el que doña Eulalia emprendió su viaje y vivió la semana en la isla; la noble visitante no omite hacer comentarios tanto sobre la naturaleza y el clima tropicales, como acerca del colorido del paisaje urbano y humano:

Ciudad rica, espléndida, galante, hecha al derroche, a la suntuosidad y al lujo, a las elegancias europeas y al señorío criollo. La Habana nos hizo un recibimiento cálido, afectuoso y simpático, sin severidad formularia, pero lleno de emoción, como son los cubanos. [...] Todo bastante más refinado que en la sociedad madrileña de la época.<sup>31</sup>

Al término de su misión y después de haberse entrevistado con personalidades cubanas, tanto partidarias del régimen colonial como simpatizantes del movimiento independentista, la infanta se dio cuenta de que:

La Revolución latía en la entraña cubana, aunque he de reconocer que en mis siete días de estancia, cruzando entre los que poco después se lanzarían al campo, sólo escuché palabras de respeto, de simpatía y de homenaje. Pero vi que en Cuba nuestra causa estaba perdida definitivamente [...] Dejamos La Habana, yo con tristeza profunda y llevándome un gratísimo recuerdo.<sup>32</sup>

La hermana del rey Alfonso XII y tía de Alfonso XIII consigna en sus *Memorias* recuerdos que abarcan desde su infancia en el Palacio Real de Madrid hasta sus viajes al Nuevo y al Viejo Mundos (Rusia, Bélgica, Noruega, Hungría), antes de establecerse en París. Su vocación rebelde y viajera le valió ser conocida como “la infanta bohemia y princesa andariega”. Las páginas dedicadas a Cuba forman parte de esos recuerdos que plasmó en sus *Memorias*.

Retirada a un convento años atrás, cuando en 1931 se entera del derrocamiento de su sobrino, no deja de comentar en tono sereno: “He visto caer quince tronos y abdicar otros tantos monarcas... ello me ha enseñado que ninguna corona se ciñe lo suficiente para no caerse”.<sup>33</sup>

Unos años después de la visita de doña Eulalia, cuando se libran las batallas definitivas de la guerra independentista, Eva Canel, nuestra última cronista, también española, hace una expedición a la línea militar de la Trocha, uno de los puntos clave de la resistencia de las tropas coloniales.

Agar Eva Infanzón y Canel, viuda de Boxó, es una de los cuatro periodistas españoles que publican en La Habana, en 1897, un *Album* con testimonios

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 446.

<sup>32</sup> *Idem.*

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 443.

sobre los acontecimientos que a la sazón sacuden a la isla cubana. Eva es de origen asturiano y ya en España había establecido vínculos con la prensa autonomista.

El motivo de la “excursión” que emprenden los cuatro periodistas a la Trocha era cerciorarse de las condiciones en que se encontraban las tropas colonialistas, ya que se rumoraba que estaban en serios aprietos y que los onerosos gastos que acarreaba su mantenimiento empezaban a ser injustificables. En sus comentarios, los visitantes asumen sistemáticamente una posición proespañola y en todas sus alusiones a los “levantados” domina la noción de *enemigo*.

Dado que las notas que acompañan el abundante material fotográfico utilizan un registro narrativo en tercera persona, del singular o del plural, es claro que entre los cuatro asumieron la redacción y, por tanto, resulta difícil y aventurado atribuir tal o cual pasaje exclusivamente a Eva:

De aquella conversación sale el proyecto de escribir un folleto; apenas ha comenzado nuestro viaje, y ya la impresiones que hemos recibido, aún escritas al correr de la pluma, no caben en varios artículos de periódicos. El viaje va tomando carácter interesante que merece ser escrito extensamente. Eva Canel, Gamboa, Menéndez y Porrúa nos distribuimos las partes del trabajo.<sup>34</sup>

No obstante lo anterior, incluimos estos testimonios entre los de las demás mujeres aquí comentadas, porque de algún modo conllevan una perspectiva femenina en esta visión.

En el trayecto hasta la Trocha, el grupo visita pequeños puertos y diversas poblaciones sobre cuyos paisajes no faltan las descripciones detalladas y el tono exaltado. Se comentan aspectos relativos al clima, junto con otros que tienen que ver con las instalaciones estratégicas y con el funcionamiento de los destacamentos militares españoles. Se nos habla también de la fisionomía y de la vida de las poblaciones, en las que se destaca cuanto afirma la presencia cultural hispana en la isla:

Aquella noche nos sentamos a la mesa, una mesa espléndida, y mientras comíamos, de allá, de la calle, llegaban hasta nosotros las notas de la banda del batallón de Reus, que bajo la dirección de su músico mayor, don Ricardo Valero, ejecutaba preciosas piezas de su repertorio. El programa había sido confeccionado con gusto exquisito; en su composición hay un fondo españolísimo que hace más simpática aquella comida deliciosa.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 488.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 495.

Y sigue una lista prototípica del folclor español. En estrecha relación con estos comentarios, los periodistas van recogiendo testimonios fotográficos de casi todos los lugares que tocan.

Al llegar donde se hallan las tropas, Eva Canel se dedica a asistir a los heridos, por lo que recibe grandes elogios y sentidas muestras de gratitud.

El viaje concluye sin grandes peripecias y, de hecho, salvo las inevitables menciones a los cubanos “enemigos” y a los ecos de las notas de danzón que alternan con las del vals en el baile de despedida que se les ofreciera en Ciego, los cuatro españoles estuvieron prácticamente todo el tiempo cerca de las tropas y de los funcionarios españoles o monarquistas, y poco o nada logran recoger en sus notas acerca de la vida del pueblo.

Conviene precisar que Eva Canel ya había visitado Cuba e incluso había tenido la oportunidad de conocer a Martí, con quien intercambió algunas misivas. Los azares del destino la llevaron a Estados Unidos en 1891, donde enviuda, situación que la hace recurrir a la pluma como profesión: “Si mi marido no hubiese muerto [...] yo habría venido a Cuba a ser lo que había sido antes, una esposa sumisa que escribía de vez en cuando”.<sup>36</sup> A partir de entonces, Eva Canel se dedica tanto al periodismo como a la literatura: publica varias novelas, ensayos y hasta obras de teatro, aparte de numerosos reportajes sobre América latina. Muere en Cuba en 1932 donde es sepultada en el cementerio Colón.

\* \* \*

Resulta casi obvio que los testimonios de este tipo conllevan una buena dosis de subjetividad y, en ocasiones, de emotividad, sobre todo en el caso de mujeres. El deseo de dejar constancia de algo que se vivió en carne propia explica, pues, esta parcialidad y, desde luego, los filtros a través de los cuales se interiorizan tales experiencias dependen de los esquemas culturales del que observa. No obstante, en el caso de estas mujeres vemos que muchas veces entra en juego lo que llamaríamos “sentido común”, “intuición” que, por fortuna, matizan algunos juicios en apariencia extremos o infundados. También llegamos a descubrir no sólo reserva y prudencia, sino hasta ciertos destellos autocríticos. Pero, desde luego, no es la regla. En realidad, no podemos menos que confirmar que muchas de estas percepciones, a menudo superficiales, desde la mirada de un *otro* convencido de su superioridad, han contribuido a crear y a perpetuar toda clase de estereotipos y de clichés acerca de realidades ajenas a las suyas.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 484.

Lejanas o cercanas, en el tiempo o en el espacio, estas miradas ajenas arrojan una luz reveladora no sólo de la identidad del *otro* sino de nuestra propia manera de percibirnos a veces condicionada, para bien y para mal, por esos ojos que no son los nuestros.